




El flojo, el sabio y el lobo



Este era un hombre tan flojo, que su mujer se levantaba empujándolo a trabajar en algo y se acostaba reprochándole no haber hecho nada.

—No regañes, mujer —le decía el flojo—; un día de éstos seremos ricos y no tendrás de qué quejarte.

—¿Pero cómo podremos ser ricos —decía la mujer— si te pasas el día tirado al sol?

—Yo no lo sé, mujer —decía el flojo—, pero al otro lado de la montaña vive un hombre sabio que tiene respuesta para todas las preguntas. Mañana iré a preguntarle qué debo hacer para salir de la miseria.

Y al otro día temprano, a la hora en que su mujer lo empujaba a hacer algo, el hombre flojo hizo lo prometido: partió en busca del hombre sabio.

Había caminado todo un día y una noche, cuando se cruzó con un lobo tan flaco como hambriento.

—¿A dónde vas, buen hombre? —preguntó el lobo.

—A visitar a un hombre sabio, que me dirá cómo salir de la pobreza.

—En ese caso —dijo el lobo— pregúntale por favor qué debo hacer para saciar mi hambre que ya me tiene enfermo del estómago.

El flojo prometió hacerlo y siguió su camino.

Después de andar otro día y otra noche por pedregosa tierra, divisó un solitario manzano junto al camino.

—¿A dónde vas, buen hombre? —preguntó el manzano.

—A ver un sabio varón que me enseñará cómo curar mis aflicciones.

—En ese caso —dijo el manzano— pídele

también remedio para las mías: hace años que no doy frutos. En plena primavera mis hojas se secan de golpe, como joyas oxidadas.

El flojo prometió hacerlo y siguió su camino.

Tras otro día y otra noche de marcha, el flojo debía orillar un lago en cuyas riberas vivía el hombre sabio.

Un pez enorme nadó a su lado, preguntándole:

—¿A dónde marchas, buen hombre?

—A la cabaña de un hombre sabio que me enseñará cómo solucionar mis problemas.

—En ese caso —dijo el gran pez— pregúntale qué debo hacer para solucionar el mío: hace años que no disfruto mi comida, pues algo como un tumor se me atora en la garganta.

El flojo prometió hacerlo y siguió su camino.

Atardecía cuando el flojo vio a un anciano que, plácidamente sentado sobre una roca, contemplaba la puesta de sol.

Impresionado por el venerable aspecto del anciano, el flojo le explicó el motivo de su viaje:

—¡Dime, pues, venerable anciano, qué debo

hacer para escapar de la miseria! —concluyó—, con voz temblorosa por la emoción.

—¿Sólo eso deseas preguntarme? —dijo el sabio, sin desviar sus ojos del último rayo de sol.

El flojo iba decir que sólo eso, pero, advirtiendo que el anciano parecía saberlo todo de antemano, le transmitió los pedidos del lobo, del manzano y del pez.

Entonces el hombre sabio miró al flojo por primera vez, y no podía saberse si era una mirada de piedad o reproche.

—El pez —dijo el anciano— tiene una piedra preciosa de gran tamaño, y apenas se la saquen terminará su malestar. En las raíces del manzano hay un entierro de monedas de oro, cuyas emanaciones envenenan la savia y que man la flor.

”En cuanto al lobo, si no quiere morir de hambre, deberá devorar al primer holgazán que encuentre en su camino.

—Y yo, maestro —dijo afligido el flojo—, ¿cómo haré para salir de la miseria?

—Te bastará regresar por el mismo camino.



Bien veo que serás un hombre rico y podrás vivir sin esforzarte.

Y como en ese mismo instante el sol desaparecía en el lago, se puso de pie y, recogiendo su larga túnica, caminó majestuosamente hacia su cabaña.

Reanimado con tal pronóstico, el flojo no pensó más que en desandar de inmediato su largo camino.

Al pasar junto al lago, el gran pez se asomó para preguntarle qué le mandaba a decir el sabio.

—Sanarás en cuanto te saquen una piedra preciosa que tienes en la garganta —le dijo el flojo, sin detener su marcha.

El gran pez le rogó que se la sacara. Y como el hombre no se detuviera, el pez reapareció para explicarle:

—Piensa que si lo haces, yo quedaré sano y tú serás rico.

—El sabio dijo que no tendría que esforzarme para eso —dijo el flojo—. Me bastará con volver por el mismo camino, y es lo que voy haciendo.

Y así era, porque a su debido tiempo volvió a pasar junto al manzano.

—¿Qué me manda a decir el sabio? —preguntó tembloroso el árbol.

—Tus frutos madurarán en tanto saquen un cofre de monedas de oro enterradas entre tus raíces —dijo el flojo, sin detener su marcha.

—¿Qué esperas? —gritó el manzano—, ¡excava la tierra y saca ese tesoro! Yo reverdeceré y tú serás un hombre rico.

El flojo —siempre sin detenerse— contestó:

—El sabio dijo que no tendría que esforzarme para eso. Me bastará con volver por el mismo camino, y es lo que voy haciendo.

Y así era, sin duda, porque a su debido tiempo se encontró con el lobo, más flaco y más hambriento.

El hombre, dichoso de tener alguna compañía en su largo viaje, le fue contando al lobo su encuentro con el anciano y los sabios consejos que había enviado para el pez y el manzano.

—Caramba —dijo el lobo—, ahora tendrás que marchar con la precaución de un hombre rico...

—Y con un airecillo incrédulo, continuó—: comprendo que lleves muy oculta esa piedra preciosa, pero ¿dónde cargas tantas monedas de oro?

—¡Aaahhh! —bostezó el flojo—, olvidaba decirte que el anciano sabio me dijo que viviría sin esforzarme y para ser rico me bastaría con regresar por el mismo camino. ¿Para qué meterme a las frías aguas del lago o romperme los riñones escarbando la tierra?

Se acercaban al límite del bosque.

—También olvidas —dijo el lobo— decirme si el anciano mandó algún consejo para mi aflicción.

—¡Claro! —dijo el hombre—, el sabio te manda a decir que te arrojes sobre el primer holgazán que se cruce en tu camino.

—En verdad era un sabio ese anciano —dijo el lobo y se arrojó sobre el viajero.

El león biónico

Hace aproximadamente dos mil ciento cuarenta y siete años, vivían en la India cuatro de los hombres más sabios de su tiempo. Eran muy amigos entre sí, pues dedicados a sus trabajos científicos no tenían tiempo ni interés en hacer amistad con gente común.

Tres habían acumulado el máximo de conocimientos en Historia, Biología y Medicina. El cuarto tenía conocimiento de variadas materias, aunque jamás se había especializado en una. Amaba la reflexión y todos los tenían por hombre de buen juicio y cordura.

Charlando en casa de este sabio cuerdo, decían cierta vez: